

ella.¹ El astuto consejo del anciano encontró buena acogida entre sus oyentes, bien que no fuese digno de la caballería y celebrada buena fé de la república; mas para un indio, como para los bárbaros de la antigua Roma, eran conciliables en la guerra, la fuerza y los ardides, el valor y la perfidia.² Los embajadores zempoaltecas fueron, pues, detenidos so pretexto de que asistiesen á un sacrificio.

En tanto Cortés y su valerosa comitiva, habian llegado frente á la gran muralla, como lo hemos dicho en el capítulo precedente. No se sabe á punto fijo por qué causa no estaba guarnecida entonces por los otomíes; mas lo cierto es, que los españoles la salvaron sin encontrar resistencia. Cortés se puso á la cabeza de su caballería y á los de á pié les mandó que á paso acelerado le siguiesen, adelantándose él á explorar el terreno. Habrian andado tres ó cuatro leguas, cuando descubrió una partidilla de indios armados con espada y adarga á usanza del país, los cuales huyeron luego que estuvo cerca. Ordenóles que se detuviesen; pero viendo que aquella órden solo servia de que se alejasen mas y mas, pusieron los españoles las espuelas á sus caballos, y en bre-

1 Camargo, *Ibid.* Herrera, *Hist. general*, Dec. 2, lib. 6, cap. 3. Torquemada *Monarqu. Ind.*, lib. 4, cap. 27.

Hay tal contradicción y oscuridad entre las diversas cosas que se cuenta que hizo el consejo, que es difícil conciliarlas con los acontecimientos posteriores.

2 «Dolus an virtus, quis in hoste requirat?»

ve dieron alcance á los indios fugitivos. Al ver estos que era imposible escapar, en vez de mostrar el terror que ordinariamente inspiraba á los otros indios el aspecto sorprendente de la caballería, le hicieron frente y le dieron un terrible asalto. Esta era muy superior á los bárbaros, y en breve les habria despedazado, á no haberse presentado un cuerpo de muchos millares de indios que acudian apresuradamente á socorro de sus compatriotas.

Al ver esto Cortés, despachó á uno de los de su comitiva á que á toda priesa acelerase la marcha de la infantería. Los indios despues de disparar sus flechas, se arrojaron furiosos sobre los españoles: intentaban romper el puño de las lanzas y apearse á los ginetes de los caballos: echaron á tierra á un ginete que á poco murió de las heridas, y mataron dos caballos, tronchándoles el pescuezo de un golpe con sus pesadas alfanges;¹ lo que pareceria fabuloso, á no ser porque en la narracion de estas aventuras, apenas hay un paso, y muy corto, de la historia á la novela. Cortés sintió tan vivamente la pérdida de sus caballos, por ser tan importantes y tan pocos, que de mejor gana habria perdido al mejor de los cabalgadores.

Difícil y duro era el combate, y su desigualdad

1 «Y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y segun algunos que lo vieron, cortaron á cercen de un golpe cada pescuezo con riendas y todas.» Gomara, *Crónica*, cap. 45.

mayor que cuanto se cuenta en los romances españoles, en que un puñado de caballeros lidiaba con legiones de enemigos. Las lanzas de los cristianos fueron allí terribles; pero necesitaban serlo mas que aquellas de Astolfo (que derribaba con solo tocarla, á millares de enemigos), para sacarles salvos é ile-sos de tan desigual pelea: así es que no fué poco, en verdad, el alivio que sintieron al ver llegar á sus camaradas que acudian apresuradamente en su ayuda.

Apenas habia llegado el grueso del ejército al campo de batalla, cuando formándose á toda priesa, hicieron tal descarga con los mosquetes y ballestas, que contuvieron á sus enemigos: atónitos, mas bien que intimidados por el terrible estruendo de las armas de fuego, que por primera vez estallaban en aquellas regiones, no hicieron los indios nuevo esfuerzo por continuar el combate, y retirándose en buen orden, dejaron el campo libre á los españoles: estos tambien, plenamente satisfechos con haber salido airo-samente del aprieto, no se ocuparon en perseguir en su retirada á los enemigos y volvieron á emprender su camino.

Este pasaba por un terreno cubierto de chozas de indios y de florecientes campos de maguey y de maiz, que indicaban una poblacion industriosa y acomodada. Saliéronles á encontrar dos enviados tlaxcaltecas acompañados de dos de los cuatro zem-

poaltecas. Al presentarse los primeros ante el general, le mostraron su desaprobacion del ataque que le habian dado los indios, y le aseguraron que seria bien recibido en la capital de la república: Cortés escuchó aquellas protestas con urbanidad, y mostró descansar en la buena fé de aquellas palabras, más de lo que descansaba realmente.

La noche se acercaba y los españoles estaban deseosos de acampar antes de que estuviese ya entrada; mas encontraron sitio á propósito para hacerlo á la márgen de un riachuelo que riega aquellas llanuras: á las dos orillas de aquel habia unas que otras casas abandonadas, en las que entraron cansados y hambrientos en busca de alimento; pero todo lo que encontraron fué algunos animales domesticados, algo parecidos al perro, los cuales mataron y guisaron sin ceremonia; y con esto y con el fruto de la *tuna*, de que hay grande abundancia en las inmediaciones, procuraron satisfacer las necesidades del hambre. Cortés estuvo alerta toda la noche, durante la cual se relevaron para montar guardia, compañías de á cien hombres; mas nadie les atacó, porque las hostilidades por la noche eran contrarias al sistema de guerra usado por los indios.¹

Al romper el dia siguiente, que era el 2 de Se-

¹ Relacion segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 50. Camargo, op. cit. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 62. Gomara, Crónica, cap. 45. Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33 caps. 3, 41. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12., cap. 10.

tiembre, ya estaban sobre las armas los españoles y todos los indios aliados, que ya subían al número de tres mil, pues Cortés había ido recogiendo reclutas en las ciudades por donde pasaba, habiéndole proporcionado trescientos la última en que estuvo. Después de oír misa continuaron su camino. Movíanse formando una masa compacta, porque el general les había amonestado previamente que no se quedasen atrás ni se separasen de las filas, porque era seguro que serían cortados por el cauteloso y vigilante enemigo. Los caballeros marchaban de tres de frente para mejor auxiliarse los unos á los otros, y les previno Cortés que en el calor de la refriega procurasen pelear juntos y no dispersarse: les enseñó la manera de llevar la lanza de modo que evitasen que los indios se las rompiesen, que es á lo que aspiraban constantemente, y les previno que no diesen lanzadas, y que apuntasen directamente á la cara de sus enemigos.¹

No habían andado mucho cuando les encontraron los otros dos enviados zempoaltecas, que con ademanes de terror informaron al general de que traídonamente les habían cogido y aprisionado con objeto de sacrificarles en una fiesta que estaba para celebrarse; mas que habían logrado escaparse de noche:

1 «Que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras, y no parasen á dar lanzadas, porque no les hechasen mano de ellas.» Bernal Diaz, ubi supra.

también añadían la infausta nueva de que ya había un considerable ejército de indios preparado á impedir á los españoles que pasasen adelante.

Poco después vieron una masa de indios compuesta de cosa de cien mil, todos armados y blandiendo sus armas luego que los españoles se acercaron, como para desafiarles. Luego que estuvo Cortés á distancia tal que pudieran oírle, mandó al intérprete que proclamase que no tenía intenciones, y que todo lo que solicitaba era que le permitiesen pasar por aquel país donde había entrado en clase de amigo; y ordenó al notario Godoy y que diese fé allí mismo de que si se derramaba la sangre, la culpa no era de los españoles. A este pacífico mensaje, se contestó como era de costumbre, con una descarga de dardos, piedras y flechas, que caían como lluvia sobre los españoles, rebotando contra sus duros arneses, y penetrando algunas veces hasta la piel. Irritados por el dolor de sus heridas, instaron al general para que se precipitase al combate; hasta que dijo Cortés el grito de guerra: "Santiago y á ellos."¹

Los indios conservaron su posición por un rato, y en seguida se retiraron precipitada, pero ordenadamente.² Los cristianos, cuya sangre se había inflamado en la pelea, se aprovecharon de la ventaja que

1 «Entonces dijo Cortés: Santiago, y á ellos.» Ibid, cap. 63.

2 «Una gentil contienda,» dice Gomara hablando de esta escaramuza. Crónica cap. 46.

habian adquirido, con mas zelo que prudencia, y se dejaron llevar en persecucion de los enemigos hasta una cañada ó desfiladero estrecho cortado por un arroyo, en el cual era imposible que maniobrasen los cañones ni la caballería. Habiendo adelantándose impacientes por salir de tan angustiada posicion, se encontraron muy á pesar suyo al voltear un ángulo brusco que formaba la garganta misma, en presencia de un inmenso ejército que ocupaba el desfiladero y el extenso valle que estaba tras él. Los asombrados ojos de Cortés contaron cien mil indios; pero nadie regulaba que fuesen menos de treinta mil.¹

Presentaban un confuso conjunto de cascos, armas y variadísimas plumas que relumbraban con la luz del sol naciente, y entre las cuales se veían las banderas, sobre todas las cuales se elevaba magestuosa una cuya divisa era una garza sobre una roca. Era la famosa enseña de la casa de Titcala, la cual así como tambien las listas amarillas y blancas y las

1 Relacion segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 51. Segun Gomara, el enemigo contaba 80 mil combatientes (Crónica, cap. 46): igual cosa dice Ixtlilxochitl, (Hist. Chich. MS., cap. 83.) Bernal Diaz dice que mas de 40,000 (cap. 63); pero Herrera (Dec. 2, lib. 6, cap. 5) y Torquemada (lib. 4, cap. 20), reducen este número á 30,000. Mas fácil seria contar las hojas de un bosque, que el número de una caterva de bárbaros. Pero teniendo presente que este ejército era solo uno de los varios que habian puesto sobre las armas los tlaxcaltecas, parecerá abultado aun el último cómputo. Toda la poblacion de la nacion, segun Clavijero, que no tiene porque disminuirla, no pasaba de medio millon de habitantes. Hist. de Méx. tom. I, p. 156.

mallas del mismo color que llevaban los indios, denotaban que eran los guerreros de Xicotencatl.¹

Luego que estos apercibieron á los españoles, arrojaron un horroroso grito de guerra, ó mejor dicho, un chillido agudo y penetrante, y que acompañado del acento de sus melancólicos instrumentos, capaces de escucharse mas de media legua á la redonda, infundian terror en el corazon mas animoso.² Aquella hueste formidable se precipitó sobre los españoles toda de un golpe, como si hubiese querido con la enormidad de su número y de su peso, agobiar á los cristianos; mas el intrépido puñado de estos, perfectamente unidos todos, y guarecidos por sus fuertes armaduras, resistieron inmobiles el choque de los indios, mientras que las disgregadas masas de estos, agitándose en torno de aquellos, parecian retroceder solo para cobrar nuevo y mas irresistible impulso.

Cortés puesto al frente del peligro, como lo tenia

1 La divisa y arma de la casa y cabecera de Titcala, es una garza blanca sobre un peñasco. (Camargo, *ibid.*) «El capitán general que se decía Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado porque aquella divisa y librea era la de aquel Xicotenga.» Bernal Diaz cap. 63.

2 «Llamaman Teponaztle que es un tronco de madero, concabado y de una pieza rollizo, y como decimos, hueco por dentro, que suena algunas veces mas de media legua y con el atambor hace suave y extraña consonancia.» Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Clavijero, que en una lámina trae representado este instrumento, dice que todavía se usa, y que se le oye á distancia de dos ó tres millas. Hist. de Mess. tom. II, pág. 179.

de costumbre, en vano procuraba abrir con sus caballos paso para la infantería; y tanto los infantes como los caballos, permanecieron largo tiempo sin usar sus armas, por no encontrar un punto por donde atacar al enemigo; mas por fin, intentaron un grupo de tlaxcaltecas atacar de concierto á un soldado llamado Moron, uno de los mejores ginetes, y consiguieron en efecto apearle del caballo, que murió bajo el peso de un millar de heridas; mas los españoles hicieron entonces un esfuerzo desesperado para rescatar á su camarada de manos de sus enemigos y de la horrible suerte del cautiverio, trabándose un espantable combate sobre el cuerpo del prostrado caballo. Diez españoles quedaron heridos al recobrar á su desventurado compañero; pero este salió tan gravemente herido, que murió al día siguiente. Los indios se llevaron en triunfo el caballo muerto, y sus despedazados restos fueron enviados como un trofeo á las diferentes ciudades de Tlaxcalan. Aquel suceso desagradó mucho al general español, que conoció que el caballo habia quedado despojado de ese terror sobrenatural que les habia inspirado á los indios la superstición, y para mantener el cual habia ordenado el día anterior que se enterrase secretamente á los dos caballos muertos.

Entonces comenzaron á dejar libre el paso los indios, empujados por los ginetes y pisoteados por los caballos. Durante aquella dura pelea, fueron muy

útiles á los españoles sus aliados zempoaltecas, quienes se arrojaron al agua y atacaron á sus enemigos con la desesperación de quien no tiene mas esperanza de salvarse, que desesperar de la salvación.¹ "Nada espero ya para nosotros mas que la muerte, dijo á Marina un gefe zempoalteca; jamas conseguiremos salir con vida de este paso." — "El Dios de los cristianos es con nosotros, respondió la intrépida mujer, y él nos sacará con bien."²

En medio del estrépito del combate se oía la voz de Cortés que alentaba á sus soldados, diciéndoles: Si desmayamos ahora, jamás se plantará en esta tierra la cruz de Cristo: adelante, compañeros; cuando se ha oído que un español haya vuelto la espalda á un enemigo?³ Animados por la voz y por el heroico ejemplo de su caudillo, consiguieron al fin, despues de los mas desesperados esfuerzos, abrirse paso por entre las espesas columnas de sus enemigos y salir al llano.

Luego que se vieron allí, recobraron la confianza que tenían de su superioridad sobre los indios. Los caballos despejaron al punto el terreno donde debia

1 «Una illis fuit spes salutis, despesasse de salute.» Martir, De Orbe novo, Dec. 1 cap. 1. Esto está dicho con la energía clásica de Tácito.

2 «Respondió María que no tuviese miedo, porque el Dios de los cristianos, que es muy poderoso y los queria mucho, los sacaria del peligro.» Herrera, Hist. general, Dec. 2, lib. 6, cap. 5.

3 Ibid, ubi supra.

obrar la artillería. Las cerradas filas de los enemigos prestaban un blanco seguro. Los truenos de los cañones que vomitaban torrentes de fuego y humo sulfuroso, el horrendo estrago que causaban en las enemigas filas, y los mutilados cuerpos de los muertos, llenaron de consternacion y terror á los indios: ellos no tenian armaduras con que resistir aquellos terribles proyectiles; y sus leves flechas descargadas por manos no certeras, nada podian hacer contra las guarnecidas cabezas de los cristianos. Lo que mas aumentaba la confusion era su deseo de sacar del campo de batalla á los muertos y heridos, costumbre general entre todos los pueblos del Anáhuac; pero que naturalmente les exponia á los mayores daños.

Ocho de los primeros gefes habian muerto, por lo que encontrándose Xicontecatl incapaz de emprender en campo raso un nuevo ataque contra los españoles, ordenó la retirada: ésta no se efectuó como es corriente entre bárbaros, en confusion y con el desórden que introduce un terror pánico, sino por el contrario, con todo el órden con que pudiera verificarla el ejército mejor disciplinado. Cortés habia quedado tan satisfecho como el dia precedente, con las ventajas ya obtenidas; así es que no se empeñó en perseguirlos. Una hora faltaba para que se pudiese el sol, y estaba por lo mismo impaciente por procurarse un campamento á propósito para que des

cansasen sus estropeados soldados, y para pernoctar con seguridad.¹

Recogió sus heridos y se puso á caminar sin pérdida de tiempo, y ántes de oscurecer llegó á un cerro llamado Tzompatchtepetl, ó cerro de Tzompatch. Estaba coronado por una especie de torre de un templo, cuyas ruinas aun se conservan.² Su primer cuidado fué asistir á los heridos, tanto hombres como caballos: afortunadamente, en las chozas inmediatas encontraron abundancia de víveres; así es que los soldados, al menos los que no estaban incapacitados por sus heridas, celebraron la victoria de aquel dia con fiestas y regocijos.

En cuanto el número de muertos y heridos que hubo por ambas partes, es materia de inciertas conjeturas. Muy considerable debe de haber sido la pérdida de los indios; pero la costumbre de sacarlos del campo de batalla, hace imposible calcularla exactamente. La pérdida de los españoles consistia principalmente en heridos, pues los indios de Anáhuac procuraban mas bien que matar, coger prisioneros con que solemnizar sus triunfos y que sirviesen de víctimas en sus sacrificios; circunstancia á que no pocas veces debieron los cristianos la salvacion

¹ Oviedo, Hist. general de las Ind. lib. 33, cap. 3, 45. Ixtlilxochitl, Hist. Chich, MS. cap. 83. Relacion segunda de Cortés, en Lorenzana. pág. 51. Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 63. Gomara, Crónica, cap. 40.

² Viage de Cortés en Lorenzana, pág. XI.

de su persona. Si hubiésemos de creer á los conquistadores mismos, la pérdida fué de muy poca monta; pero nadie que haya consultado á los antiguos escritores españoles, en lo tocante á sus guerras con los infieles, tanto moros como americanos, tendrá gran confianza en sus datos numéricos.¹

Los sucesos de aquel día prestaban á Cortés asunto para sérias y dolorosas reflexiones. En todas partes desde que había llegado á las playas de América, había encontrado una denodada resistencia: en todas partes había tenido que combatir con tropas formidables por sus armas, por su valor y disciplina: lejos de que los tlaxcaltecas hubiesen obedecido á ese terror supersticioso que habían mostrado los demas indios, había abalanzádose osadamente sobre sus enemigos, y sucumbido únicamente á la superioridad de estos en la ciencia militar. ¡De cuánto momento no seria tener por aliados á aquellos hombres, en una campaña contra los de su misma raza, como por ejemplo los aztecas! Mas hasta

1 Segun Clavijero, ni un solo español murió, bien que muchos salieron heridos, en esta accion tan fatal para los infieles. Diaz, confiesa un muerto. En la famosa batalla de las Naves de Tolosa, habida entre los moros y los españoles en 1212, quedaron en el campo de batalla, 200.000 infieles, siendo iguales á los cristianos en la ciencia militar de aquellos tiempos; y en compensacion de tan enorme pérdida, solo perecieron 25 españoles. Véase la veraz carta de Alfonso IX en Mariana, lib. 2, cap. 24. Las noticias oficiales de los cruzados cristianos tanto del Nuevo como del Viejo Mundo, merecen la misma fé que los boletines imperiales de Francia, en nuestros tiempos.

allí, todas las propuestas de avenimiento habian sido desdeñosamente rechazadas; y parecia probable que á cada paso se encontraria nueva y terrible resistencia. El ejército, particularmente los indios, celebraba los triunfos de aquella jornada, con festejos y danzas, con canto de exclamaciones de alegría y de triunfo. Cortés protegía todo, conociendo cuán importante era alentar el espíritu de sus soldados; mas al fin se acallaron la algazara y el bullicio del festin; y mientras el ejército dormia profundamente acampado al rededor de la còlina, el general velaba, agitado por un tropel de pensamientos.